

Lecciones de la victoria de Trump



Rafael Simancas
Subdirector de TEMAS

En las elecciones presidenciales de los Estados Unidos ha ganado la antipolítica, y este fenómeno amenaza por extenderse al resto de las democracias del mundo. Conviene entenderlo bien para combatirlo con eficacia. Porque defender la política es defender la democracia.

El triunfo de la candidatura de Donald Trump tiene consecuencias que van más allá de la política doméstica en Norteamérica y que superan, incluso, las repercusiones más previsibles en términos económicos y geoestratégicos.

Las circunstancias en las que se ha desarrollado la campaña de Trump y su contundente victoria entrañan unas lecciones graves e ineludibles.

Un punto de inflexión

Se trata de un punto de inflexión y de unas coordenadas nuevas para el funcionamiento de los sistemas políticos democráticos, tal y como los hemos entendido desde la segunda gran guerra, al menos.

No es algo completamente nuevo ni algo que pueda circunscribirse a la política estadounidense de manera exclusiva. Este fenómeno viene decantándose en latitudes diversas durante los últimos años: Brasil, Argentina, Francia, Hungría, Bélgica...

No es solo un cambio en las reglas del juego. Estamos ante un juego distinto.

Y aquellos que compartimos ideas progresistas haremos bien teniendo en cuenta el antes y el después de este 5 de noviembre.

Cambian los términos de la conversación política. Para muchos, no se debate ya entre adversarios dispuestos al contraste

racional y la negociación, sino entre enemigos llamados a la aniquilación personal respectiva.

Cambian los códigos del debate. Para sostener una posición, los hechos, los datos, los argumentos llegan a tener menos valor que las "realidades paralelas" o directamente los bulos y las mentiras.

Cambian las reglas más elementales de conducta, porque el insulto y el infundio sirven como lenguaje habitual sin apenas coste. De hecho, se valoran como muestras de espontaneidad y no sometimiento al lenguaje pretendidamente correcto.

Cambian los principios más consolidados. Se cuestionan incluso los basados en la declaración universal de los Derechos Humanos. La solidaridad y la justicia social se entienden para muchos como "aberraciones" justificadoras de la tiranía progresista. La libertad se transforma en un salvoconducto para la transgresión, la competencia brutal y la mentira.

Cambian los modelos de sociedad, porque la convivencia se interpreta como simple lucha competitiva por la supervivencia. La lucha clave no enfrenta ya a los que tienen mucho y los que tienen poco, sino a los que tienen poco frente a los que aún tienen menos porque se sitúan fuera del sistema y aspiran a entrar. Y en esa lucha vale todo, vale el odio, vale la fuerza, vale la exclusión, vale la deportación.

Cambia el sentido del progreso en la consecución de la igualdad real de la mujer, que hasta ahora entendíamos innegable e irreversible. Hay una reacción constatada, desinhibida y descarada ante el avance del

La victoria de Trump es un punto de inflexión para el funcionamiento de los sistemas políticos democráticos. Ha ganado la antipolítica, y este fenómeno amenaza con extenderse al resto de las democracias del mundo.

feminismo, el empoderamiento de las mujeres y la exigencia de cambio en los modelos de masculinidad patriarcales... Con apoyos crecientes, además.

Cambian los modelos de Estado, porque lo público se entiende entre buena parte de la ciudadanía como una carga de incompetencia, ineficiencia, corrupción intrínseca y gasto superfluo. Los impuestos son un robo y la auténtica justicia reside en que cada cual se las apañe según su capacidad competitiva, su fuerza y su suerte.

Razón y emoción

Cambia el papel de razón y emoción en la organización del espacio público. El fundamento racional de las decisiones políticas se sustituye con frecuencia por las reacciones puramente emocionales, tanto en los discursos como en las acciones.

Cambia la relación de la política con la religión, con líderes políticos y candidatos electorales encomendándose a la divinidad, rezando en público, justificando propuestas a partir de la fe y el dogma religioso.

Cambia la relación de la política con la ciencia, con discursos y actitudes abiertamente negacionistas, del cambio climático, de las implicaciones de las diversas fuentes de energía, de las vacunas, de las recomendaciones médicas.

Cambian valores morales básicos, porque se legitima la ofensa, el sectarismo y el revanchismo como comportamientos normalizados en la confrontación política.

Cambian las referencias de liderazgo, porque en muchas ocasiones se valora menos la propuesta, la convicción, la experiencia, la trayectoria, el conocimiento, que el puro éxito económico o mediático. A los políticos tradicionales se les tacha de élites extractivas, corruptas e inútiles.

Los nuevos referentes son señores del poder, como Trump, Musk o Bezos, machos alfa, hechos a sí mismos, competidores sin piedad, sin las ataduras de lo políticamente correcto en su comportamiento moral o en su lenguaje.

La política que ha ganado en Estados Unidos es la antipolítica.

El avance de la antipolítica

El avance de la antipolítica no es exclusivo de Norteamérica. Acabamos de experimentar episodios de tal naturaleza con ocasión de los terribles efectos de la DANA en nuestro propio país.

Los fomentadores de la antipolítica han propagado bulos por doquier, desde la falsa ocultación de cientos de fallecidos, hasta la atribución al Presidente del Gobierno de frases lamentables que jamás pronunció, como aquella de "Si quieren ayuda, que la pidan".

Se han manipulado las emociones lógicas de dolor, frustración e ira, para dirigir las políticamente contra el Gobierno.

Las críticas a las instituciones y a sus gestores han llegado hasta la formulación falsa del "Estado fallido", más allá de las críticas que merezcan las insuficiencias y las tardanzas de algunas respuestas.

Se ha legitimado y se ha instigado claramente al odio y a la violencia, como sucedió con ocasión de la visita a la zona afectada por parte de la jefatura del Estado, del Gobierno y de la Comunidad valenciana. Y como pudimos comprobar en la manifestación ultra en la calle Ferraz de Madrid.

"Solo el pueblo salva al pueblo" es la consigna fascista que ha

movido la antipolítica como colofón a su estrategia. Ya hemos sufrido "salvadores" de la patria en otros momentos históricos. Sabemos en qué consiste su "salvación" y no la queremos sufrir de nuevo.

La antipolítica avanza. Tomemos nota. No para lamentarnos. Ni mucho menos para resignarnos.

Para aprender a seguir ganándoles aquí.

Porque seguimos creyendo en la fuerza del progreso, en la superioridad moral de la verdad y la democracia. Porque seguimos teniendo esperanza en un futuro con más igualdad, más libertad, más justicia y más paz.

Antes y después del 5N. **TEMAS**

Cambian los principios más consolidados. La solidaridad y la justicia social se entienden para muchos como "aberraciones" justificadoras de la tiranía progresista. La libertad se transforma en un salvoconducto para la transgresión, la competencia brutal y la mentira.